

PREDECIR el futuro no es cosa fácil para nadie. Pero comprobar el presente, valorarlo y entender su significación, me parece ser el objeto mismo de la crítica, por lo menos en lo que a literatura se refiere. Quien no logra hacerlo, no ha logrado nada y ha perjudicado en mucho; porque ha dejado escurrirse el tiempo estérilmente, sumiendo en la sombra o en el desinterés las obras maestras de su época, e impidiendo así que otros las conozcan, las aprecien en su justo valor (hay quienes creen, todavía, en el testimonio de autoridad en materia de valores) y gusten de lo grande e importante que se produce en Chile. Me refiero a un libro que nadie parece haber entendido: "Hijo de Ladrón", de Manuel Rojas.

Es verdad que se han hecho comentarios en torno a esta obra, pero del tenor del que podría hacer una señora frívola delante de la Gioconda: "¡Qué lindo el canesú de esa blusita!" Se ha dicho que Rojas en su novela nos muestra la vida del ladrón por dentro; que en el fondo, éstos no resultan tan malos como parecen; que hay una cegatón "muy gracioso", que lo descubren cada vez que roba, porque tropieza en los muebles; que aquello no es novela, etc. y etc., porque no es posible seguir enumerando sin que el extranjero que me lea nos crea babeantes de estupidez congénita. Y esto, por lo menos, hay que tratar de evitarlo, porque hasta el autor de la nota de la solapa del libro dice sandeces al hablar: "del Gorki de los vagabundos" y del "Traven de los explotados". No, no hay nada de eso; hay mucho mejor.

En su larga pero reposada carrera literaria, Rojas comenzó a escribir siguiendo la manera nuestra: rotos, huasos, cuentecitos criollos más o menos bien escritos, pero no mejores que los de un Latorre, y a veces peores que los de un Durand.

Hasta que apareció "El Delincuente", y, sobre todo, uno de sus cuentos: "El Vaso de Leche". Había algo extraordinario: había Manuel Rojas. Porque la verdad es que un autor no se hace grande hasta que se posee él mismo, se vierte en el papel con su gracia sin gracia, y deja de pretender a todo lo que quisiera ser, advirtiéndolo, por fin, que lo único que en él vale es él mismo. Ignoro si Manuel Rojas tomó conciencia de esto: en todo caso, procedió como si la tomara. Fué un destello que luego se apagó y buscó otras sendas: "Lanchas en la Bahía", por ejemplo, libro bien escrito, muy literario y plagado de bellas e inútiles imágenes. Otra concesión a nuestra "manera". Libro trunco, a pesar de todo, y por lo mismo.

En seguida vino el largo silencio. Ese silencio de Manuel Rojas que uno nunca sabe si está hecho de pereza, modestia, hastío, vida de hogar, desencanto por las letras o cólera de ver a otros que suben a donde no merecen subir. El callaba. De este largo enclaustramiento salló, "Hijo de Ladrón". Desde la primera página me dije: "He aquí 'El Vaso de Leche' vertido en novela; Manuel Rojas y su verbo hecho por fin carne, y habitando entre nosotros."

¡Oh desesperación de estar sometido al espacio y no poder explicar todo lo que esta novela es y lo que nos sugiere! Por lo pronto, es la primera vez en Chile que se crea una técnica chilena; o sea, que se escribe una novela chilena, con procedimientos chilenos. Chilena en el tema; chilena en su psicología y tesis; chilena en su técnica. Un descubrimiento que podríamos llamar: "la técnica naturalista", que no es lo mismo que el naturalismo. Aquí es el procedimiento el que es natural: fluir

del stream of consciousness; vueltas atrás, como en el relato integral del primitivo; saltos provocados por la linterna de la atención, la cual tan pronto ilumina esto o aquello, siguiendo los dictados de la mano del instinto y de la pasión; sultura natural, consecuente de la falta de artificio; olvido de lo aprendido: en moral, lógica, prejuicios. La vida abierta y provista de su propia lógica intrínseca, de su clima humano inherente, de su suavidad de bálsamo y de esa comprensión extraviante que nos coge en cuanto nos desembarazamos de todo aquello que ciega a las "mentes disciplinadas". Triunfo del

PLUMAS NACIONALES
MANUEL ROJAS,
NOVELISTA

POR BENJAMIN SUBERCASEAUX

concepto antieuropeo, valorizando la filosofía vernácula en un plano inteligente (¡por fin!), desprovisto del padrón cristiano, civilizado. Un anti **Jemmy Button**, oportuno como el que más y esclarecedor de una y otra posición, sin desmedro de la una ni de la otra. El primer libro que en América nos muestra la seriedad de la "filosofía" nuestra frente al concepto blanco, adúlto, civilizado.

Creo que no es poco decir. Y creo que es mucho ignorar en quienes no lo advirtieron. Por lo pronto, en el concepto del tiempo que nos da Manuel Rojas: "Bajamos despacio el cerro. El desnivel obliga a la gente a caminar de prisa...; nosotros nos reímos del desnivel: no tenemos mujer ni hijos, ni ropa empeñada... y nadie nos prestaría cinco centavos...; una ventaja que nos permite caminar paso a paso, detenernos cuando queremos, mirar, reír, conversar y sentarnos aquí y allá... La calle es nuestra, y parece que la ciudad también lo fuera, y el mar. En ocasiones, sin tener nada, le parece a uno tenerlo todo, el espacio, el aire, el cielo, el agua, la luz, y es que se tiene tiempo: el tiempo que se tiene es el que da la sensación de tenerlo todo; el que no tiene tiempo no tiene nada..." Sobre este propósito escribíamos en "Retorno de USA" al referirnos al "time is money" de los yanquis: "No deja de parecerme respetable esta vaga concepción nuestra que reconoce en el tiempo la trama de que está hecha la materia misma de la vida, y que como tal, jamás debería ser sacrificada por lucro, más allá de lo que exigen el tejido de la existencia y las necesidades estrictas del vivir. Lo demás supondría "la venta de la vida"; y todos sabemos qué nombre execrable lleva ese hecho, así sea impuesto por la voluntad ajena o la propia: esclavitud." Fue mi parte india (que la poseo, y a honra) la que me dió este chispazo clarividente, luego extinguido en "Jemmy Button" con este concepto antimágico y profundamente occidental: "El tiempo es un puma traicionero y ágil que avanza con el paso sigiloso de los días, hasta dar el salto sorpresivo, sin que podamos averiguar cómo vino de tan lejos y cómo nos clavó sus garras de tan cerca". Citamos de intento, para demostrar este tipo de novela intelectualizada, y la otra, la primera novela chilena en que se piensa también, pero

ateniéndose a otros padrones que los europeos. Esto es importantísimo; marca una época en la literatura nuestra; ¡qué digo!, en América entera, que descubre por fin razones que legitiman y hacen racional su método propio de vida. Sin embargo, tal dicha nacida entre nosotros es nuestra a medias: Manuel Rojas es nacido en Argentina, de madre chilena. Se advierte cuando dice que a los nuestros "los conocía de oídas". Más se lo advierte cuando establece las diferencias entre este "hijo de ladrón" acomodado, venido de Argentina, y sus congéneres chilenos: "Muy poca gente sabe la diferencia que existe entre un individuo criado en un hogar donde hay limpieza, un poco de orden y ciertos principios morales... y otro que no ha tenido lo que se llama hogar: una casa aparte o unas piezas en ella, y no un cuarto de conventillo en que se hacinan el padre con la madre, los hijos y el yerno, algún tío o un allegado, sin luz, sin aire, sin limpieza, sin orden, sin instrucción, sin principios de ninguna especie, morales o de cualquier índole; el padre llega casi todos los días borracho, grita, escandaliza, pega a la mujer, a los niños y a veces al tío, al yerno o al allegado; no siempre hay qué comer, mejor dicho, nunca se sabe cuándo habrá de comer y qué; el padre no trabaja o no quiere trabajar; el tío es inválido, y el allegado come donde puede y si puede; el yerno bebe también o no trabaja o no quiere trabajar, es peón o comerciante de infima categoría; recoge huesos o papeles o excrementos de perros para las curtientes o para quien sabe qué diablos; la mujer lava o mendiga; los niños comen cuando les pueden dar algo o lo que piden o les dan los vecinos, que no siempre pueden dar y que a veces tampoco pueden nunca; a veces roban —el hambre les obliga—, y miran y sienten sobre sí y alrededor de sí, y durante años, durante infinitos años, aquella vida sórdida... No pueden pensar en otra cosa que en subsistir... Existen cientos y miles de estos grupos familiares y de ellos salen cientos y miles de niños; de aquellos miles de niños salen aquellos hombres... Pegar, herir, romper es para ellos un hábito adquirido que les llega a parecer natural, hábito que, ¡cosa terrible!, significa un modo de ganarse la vida, de poder comer, beber, vestirse. No podía reprocharles nada, pues no tenían la culpa de ser lo que eran o cómo eran, pero les temía, como un animal criado en domesticidad teme a otro que ha sido criado en estado salvaje".

Es impresionante en ideas, en estilo simple, ¡y cuán efectivo y emotivo! Hay como un ritmo bíblico, hastiado; una comprobación de lo que es, sin aspavientos: como es la vida. ¡Dan deseos de citar todo aquello que hemos subrayado, y más! Pero no disponemos de espacio. Hay la escena trágica y de una calidad carnal vibrante de compasión y humanidad pura, que es la del borracho desnudo (Pág. 150), nuestra altivez popular, casi existencialista de tesis (Pág. 358), y, por fin, las maravillosas historias de "El Azarcón" y la de "Cristián". Es verdad que Manuel Rojas, en esta novela, enfrenta y describe la vida de los "machucaitos", y no la del "hombre de línea" nuestro. Quizás por eso lo justifica. O, a lo mejor, sólo hay los que él pinta, y los demás son el fruto de nuestra imaginación valorativa. Como sea, "Hijo de Ladrón" ha llevado a Manuel Rojas a la cúspide de nuestra literatura propiamente chilena. Nos ha proporcionado un manual y un breviario de comprensión humana.

B. S.

NUEVO ZIG-ZAG